

Margarita.
 ¡Qué! ¿Llorais?
Isabel.
 Aun no me fué
 Vedado este desahogo.
Margarita.
 Isabel, si no os escucho,
 No me acuseis de rigor:
 Yo temo vuestro dolor,
 Porque os compadezco mucho.
 No dió á mi pecho aspereza
 La túnica penitente,
 Resuena en él fuertemente
 La voz de naturaleza.
 Al Señor con fé sencilla
 Vuestro llanto consagrad.
 Infinita es su piedad.
 Aun puede volver Marsilla.
Isabel.
 ¡Ah; vos le nombráis!
 (Arrebatada.)
Margarita.
 Me asombro
 De vos, Isabel, me espanto.
 ¿Debeis agitaros tanto
 Solo porque yo le nombro?
 Puede volver, es verdad;
 Mas siendo cosa indecisa,
 Conviene esperar sumisa
 La divina voluntad,
 Y no con mano imprudente
 Profundizar una llaga,
 Cuyo dolor aunque halaga,
 Mata por fin al paciente.
Isabel.
 ¡Símiles á quien delira!
Margarita.
 Delirais... porque quereis.
Isabel.
 ¡Ah qué injusticia me haceis!
 ¡Ojalá fuese mentira!
 Bien, señora, se me alcanza
 Lo que exige la obediencia,
 Mi estado, mi conveniencia,
 Y en fin, mi poca esperanza.
 Muerto es mi adorado ya:
 Cuatro años ha que no escribe.

¿Mas qué digo? vive, vive,
 ¡Pero cómo vivirá!
 Quizá suspira en Sion
 Al compás de las cadenas,
 Quizá gime en las arenas
 De la líbica region.
 Con aviso tan funesto
 No habrá querido afligirme.
 Yo trato de persuadirme,
 Y sin cesar pienso en esto.
 Hasta llegué á pretender
 Olvidarle, imaginando
 Que infiel estaba gozando
 Caricias de otra muger.
 Hasta he juzgado posible
 Estimar á su rival,
 Ser á mi amor desleal,
 Y ser al suyo sensible.
 Interesada la gloria
 De Dios que invoqué en mi ayuda,
 No tuve siquiera duda
 De conseguir la victoria.
 Pero cuando mas ufana
 Estaba de mi firmeza,
 Cansábase de grandeza
 La debilidad humana,
 Y ante el recuerdo sencillo
 De una mirada, un halago,
 Hundíase con estrago
 De la virtud el castillo,
 Y en sus ruinas vencedor,
 Con risa maligna y fiera,
 Tremolaba su bandera
 A mis ojos el amor.
 Yo entonces al heroismo
 Nombre daba de falsía,
 Rabioso llanto vertía,
 Y antes bajar al abismo
 Juraba en mi frenesí,
 Que unirme al hombre fatal
 Que lanzó el genio del mal
 Del infierno contra mí.
Margarita.
 Por Dios, por Dios, Isabel,
 Moderad ese delirio:
 Vos no sabeis el martirio
 Que me haceis pasar con él.

Isabel.
 Y solo por correctivo
 Dureza te aparenté;
 Mas oyéndote gemir
 Cada noche desde el lecho,
 Oyendo que en tu despecho
 Me llegaste á maldecir,
 Yo al Señor, de silencioso
 Materno llanto hecha un mar,
 Ofrecí mil veces dar
 Mi vida por tu reposo.
Isabel.
 ¡Cielos! ¡Qué revelacion
 Tan grata! ¡Qué injusta he sido
 ¡Que tanto me habeis querido!
 ¡Madre de mi corazón!
 Perdonadme... ¡Qué alborozo
 Siento, aunque llorar me veis!
 Seis años ha, mas de seis,
 Que tanta dicha no gozo.
 Cuanto padezco mirad,
 Pues ya como dicha cuento
 Que mis penas un momento
 Suspendan su intensidad.
 ¡Pero este rayo de vida
 Que me deslumbra fugaz,
 Será una madre capaz
 De escondérmele en seguida?
 Madre, madre á quien adoro,
 El labio os pongo en el pie:
 Mi aliento aquí exhalaré
 Si no cedéis á mi lloro.
 (Póstrase.)
Margarita.
 Levanta, Isabel, enjuga
 Tus ojos; confía: sí,
 Cuanto dependa de mí...
Isabel.
 Ya veis que en rápida fuga
 El tiempo desaparece.
 ¡Si pasan tres dias, tres!
 Todo me sobra despues,
 Toda esperanza fallece.
 Incapaz de consultar
 Mi padre con mis enojos,
 Pondrá á su fé por despojos
 Mi albedrío en el altar.
 Vuestras palabras imprimen
 El cilicio y el sayal.
 Con mi halago recelé
 Dar á tu amor incentivo,

¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?
 ¡Pero estando ya tan lleno
 El corazón de veneno,
 Cómo respetar su orilla?
 No á vos, á la piedra inerte
 De aquesa pared desnuda,
 A esa bóveda que muda
 Oyó mi queja de muerte,
 A este suelo donde mella
 Pudo hacer el llanto mio,
 A no ser tan duro y frio
 Como alguno que le huella,
 A estos objetos invoco
 Para confiar mi afán,
 Que si alivio no me dan,
 No me afligirán tampoco.
Margarita.
 ¿Quién con ánimo sereno
 La oyerá? El dolor mitiga;
 De una madre, de una amiga,
 Ven al cariñoso seno.
 Conóceme, y no te ahuyente
 La faz severa que ves;
 Ella una máscara es
 Que el pesar puso á mi frente;
 Pero tras ella te espera,
 Para templar tu dolor,
 El tierno, indulgente amor
 De una madre verdadera.
Isabel.
 ¡Madre mía!
 (Abrázanse.)
Margarita.
 Mi ternura
 Te oculté con harta pena;
 Pero mi Dios me condena
 A nutrirme de amargura.
 Yo hubiera en tu amor filial
 Gozado, y gozar no debo.
Isabel.
 ¿Vos? ¡Ah!
Margarita.
 Por mis culpas llevo

En su alma la persuasion.
 En mí toda reflexion
 Fuera desacato, crimen.
 Sepa de vos que sin duda
 Peligro corre mi honor,
 Si contra un perseguidor
 Su defensa no me escuda.
 Que algo se debe á la prenda
 Que vuestro amor estrechó,
 Ya que el cielo os otorgó
 Sangre pura y rica hacienda.
 Que no se sujete al yugo
 De ese qué-dirán tirano;
 Mas vale ser padre humano,
 Que padre hacerse verdugo:
 Y yo, señora, lo veo,
 Podrá llevarme á casar,
 Pero en vez de preparar
 Las galas del himeneo,
 Que á tenerme se limite
 Una cruz y una mortaja,
 Que esta gala y esta alhaja
 Será lo que necesite.

Margarita.

Mis esfuerzos te consagro,
 Pero aunque yo los aumente,
 Grande es el inconveniente,
 Vencerle será milagro.
 El carácter se te oculta
 De la edad en que naciste;
 Tú en otra vivir debiste
 Mas inocente ó mas culta.
 En este siglo de acero,
 En que al salir á la tierra
 Saluda al noble la guerra,
 La servidumbre el pechero,
 Y por gracia á la muger
 Se la considera en suma
 Cual ave de hermosa pluma
 Destinada á entretener,
 Amistad, sangre y amor,
 Todo humano sentimiento
 Se sacrifica al sangriento
 Idolo llamado honor.
 Segun su alcoran decreta,
 Mengua es enmendar lo errado,
 Es vil el escarmentado

Que imposibles no acometa,
 Y se admira á quien del dicho
 A la ejecucion pasó
 En empresas que dictó
 La imprevision ó el capricho.
 Yo al corazon de mi esposo
 Debo arrancar la corteza
 Que le puso de dureza
 Ese código horroroso,
 Y el afecto natural
 Restablecer primitivo,
 Veinte años ha fugitivo,
 Al estrépito marcial.
 Si con el habla se aprende,
 Si el honor es religion,
 ¿No ha de temer con razon.
 Quien luchar con él pretende?

Isabel.

¿Y qué! ¿de vuestra virtud
 Nada servirá el influjo?
 ¿Qué milagros no produjo
 Ya vuestra solicitud?
 Por eso adoran en vos
 Mi padre y toda Teruel.
 ¡Ah! si vos le rogais, él
 Pensará que le habla Dios.
 Quien tan solícito anda
 Buscando vuestro placer,
 ¿Os ha de desatender
 A la primera demanda?
 Si, madre, haceos justicia,
 Y emplead al punto, ahora,
 Esa magia seductora
 Que la voluntad desquicia.
 Mirad que vais á abogar
 Por mi eterna salvacion:
 Mis bodas de maldicion
 Crímenes van á engendrar.
 Si soy de Azagra y no muero,
 No traigas, ó Providencia,
 No pongas en mi presencia
 Al que sabes cuanto quiero,
 O en tu justo tribunal
 No me acrimines si al cabo,
 En las entrañas me clavo
 Desesperada un puñal.

Margarita. Me oirá tu padre, y tamaños
 No, no, Isabel, cesa, cesa;
 Horrores evitará.
 Yo mi palabra te empeño,
 Hoy madre tuya será
 No será Azagra tu dueño,
 Quien no lo fué tantos años.
 Yo anularé la promesa.

ESCENA VII.

DICHAS, MARI-GOMEZ.

Mari. Don Rodrigo, don Rodrigo, señoras.

Marg. ¿Don Rodrigo!

Isa. ¿En qué estado nos sorprende!

Mari. Pues, sin vestir, sin peinar... Por mas que me he estado ma-
 tando... Vamos corriendo al camarín.

Marg. Sí, retiraos, vestíos, y procurad calmar vuestra agitacion.

Isa. Madre mia, no os olvidéis de mí. (*Vase.*)

Marg. Que venga.

Mari. Voy. (*Hace que se va, y vuelve.*) Mirad que he de plantar á
 Isabel el vestido que yo guste. Las vírgenes discretas se pusieron
 la saya dominguera y encendieron las lámparas cuando vino el
 esposo. (*Vase.*)

Marg. Pero id, Mari-Gomez...

Mari. Así lo dijo el Señor en la parábola... en la parábola de las
 novias.

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, MARGARITA.

(*Mari-Gomez, que vuelve con don Rodrigo, se retira luego que ha dado sillas.*)

Marg. Señor don Rodrigo.

Rod. Señora, al fin nos vemos.

Marg. Hacedme merced de tomar silla. Descansad en esta casa,
 ya que la prisa de favorecernos no os ha dejado sosegar en la
 vuestra.

Rod. Aprovechemos estos instantes en que nos hallamos solos. An-
 tes de ver á Isabel quisiera oír de vos qué pensais del estado de
 su corazon, del de mis esperanzas. ¿Cabe tanto en un año de au-
 sencia!

Marg. Poco es lo que yo os podré decir. Como el respeto no per-
 mite á una hija franquearse con su madre en términos de...

Rod. Pero una madre sagaz observa y descubre.

Marg. Isabel ha gozado este año poquísima salud. Su semblante os
 lo dirá á primera vista. Esta puede ser la causa principal de su
 melancolía, de su tristeza, pero...

Rod. Es decir que en su rostro podré hallar mudanza, pero no en
 su desamor.

Marg. Vos interpretáis mis espresiones...

Rod. En su verdadero sentido : ¿ á qué negarlo? Si vos no habeis hecho observaciones durante mi ausencia , yo sí las he hecho , y segun ellas hablo. Yo os he dirigido repetidos pliegos para Isabel ; á ninguno ha contestado. Yo la he enviado lienzos , brocados , joyas : sé que jamas las ha empleado en su ornato. Aun no ha oprimido el lomo del brioso alazan que la remití últimamente , ni sus manos han tendido la preciosa ballesta que acompañaba al traje de caza.

Marg. Ya sabeis que la caza no la ofrece diversion.

Rod. Ha echado á volar los azores , ha regalado la jauria , ha dado las telas á los templos , las joyas á los pobres... No me desagradan estos rasgos de beneficencia ; los aplaudo y admiro ; ¿ pero qué prueban estos hechos unidos á otros ? Una verdad bien triste , de que estoy convencido seis años hace : que Isabel no me ama.

Marg. Si estais en esa creencia , ¿ me permitiréis , don Rodrigo , que os haga una amonestacion amistosa ? Bien sé que mi sexo está privado de voto fuera de la hilaza y de la costura ; pero como dama y como madre , me creo con derechos á la indulgencia de un caballero.

Rod. Seguramente ; y yo estoy obligado á respetaros por mas de un título. Hablad.

Marg. Don Pedro os ofreció la mano de su hija ; pero la delicadeza de vuestro cariño , la elevacion de vuestro espíritu , vuestro mismo amor propio , ¿ se satisfacen con la posesion de una muger cuyo corazon confesais que no es vuestro ? ¿ Qué seguridades de dicha os ofrece un matrimonio fundado en tan dudosos principios ? ¿ Si el amor de Isabel saliera de la regla comun , si fuese ya tarde para que obrase en ella el desengaño , si la vieseis consumirse lentamente , víctima de un pesar mas violento cuanto mas oprimido , no maldeciriais entonces vuestro fatal empeño ? Los celos , los remordimientos harian fuerte presa en vuestra alma ; la discordia , el odio , el infierno entero rodearia vuestro tálamo.

Rod. ¿ Qué funestos anuncios , señora ! Por fortuna vuestro ejemplo mismo los está desmintiendo. Tambien vos amásteis antes de ser de don Pedro , y sin embargo habeis sido... el modelo de las esposas.

Marg. Esos elogios...

Rod. Yo sé cuanto los mereceis , señora... y espero de vuestra hija... aun mayores virtudes. Pero dejando esto á parte , yo tambien quiero haceros mis reflexiones. Isabel es cierto que no me ama ; pero ¿ á quién ama ya ? A un ser entredicho para ella , á un polvo insensible tal vez.

Marg. ¿ Y si Marsilla volviese aun ; si antes de cumplirse el término se presentara colmado de riquezas... ?

Rod. ¿ Pensais que eso me obligaria á ceder ? Os engañais. Marsilla prometió desistir de su loca pretension si en el término de seis años no se enriquecia ; pero yo no he prometido desistir nunca. Los

Azagras no saben ceder. Todo el poder de Aragon y Castilla juntos no pudo despojar á don Pedro Ruiz del señorío de Albarracin. Si Marsilla volviera á competir conmigo , la espada decidiria la competencia.

Marg. Yo creo que debiera decidirla la voluntad de mi esposo. ¿ Quién pudiera disputarle el derecho de disponer de su hija ?

Rod. ¿ Y quién me impediria el deshacerme de mi rival ? Pero estas son amenazas inútiles : el velo que cubre el destino de Marsilla deja traslucir harto distintamente su tumba ó su miseria. Si yo estuviera penetrado de que la voluntad de Isabel era irrevocable , de que unida á mí con un lazo sagrado , su virtud no la habia de escitar á cumplir lo que jurase en los altares , seguramente no daria un paso mas en mi pretension ; pero las opiniones se mudan , la razon recobra su imperio , los afectos se debilitan , se borran...

Marg. ¿ Ah ! ¿ don Rodrigo ! el que cuenta tantos años de duracion...

Rod. Debe por lo mismo hallarse muy cerca de su término.

Marg. ¿ Con que persistis... ?

Rod. Invariable. Un corazon como el de Isabel es un prodigio , es el fénix de su época. ¿ Cómo no admirarle y codiciarle ?

Marg. Mas cuando se tropieza con obstáculos invencibles...

Rod. Para una voluntad firme no hay obstáculos. ¿ Habia yo de permitir que al fin de seis años quedasen burladas mis esperanzas ? ¿ Que un obsequio , público ya en todo el reino , finalizase tan vergonzosamente para mí ? Este empeño se ha convertido ya en punto de honor , y don Rodrigo de Azagra sabrá quedar airoso en él , como en todos.

Marg. ¿ Y será justo que se sacrifique la dicha de mi hija á vuestra vanidad ?

Rod. Yo me he sacrificado hasta ahora á sus caprichos : exijo mi desquite. Nada reclamo que no me pertenezca. Isabel no puede disponer de sí , no es suya ; sus padres han ofrecido su mano ; promesa quita propiedad : no es vuestra ; á mí me la habeis ofrecido , Isabel es mia.

Marg. Ni lo es , ni lo será. Siento decirlo , don Rodrigo : si seguis en un empeño tan temerario , al pie del altar oiréis un no que os afrente.

Rod. Vos contais demasiado con la eficacia de vuestras instigaciones. La boca , que solo incitada por vos se atreveria á pronunciar ese no , es sagrada para mí. Isabel es mi ídolo ; todo , hasta el desden , me es respetable en ella ; pero ¿ ay del que pretenda robar este ídolo de mi templo !

Marg. ¿ Don Rodrigo !

Rod. Vuestra repulsa me ha irritado , pero no me encuentra desprevenido. Receloso de ella , me proporeioné en Monzon cartas de favor para vos , que me figuro no dejaréis desairadas.

Marg. ¿ En Monzon ! ¿ Cómo ! esplicaos.

Rod. Sabeis que los caballeros de la orden del Templo estaban encargados de la custodia del rey en aquella fortaleza. Pues un caballero templario...

Marg. ¡Un templario!

Rod. Me concedió su amistad desde que llegué al castillo. Yo le di cuenta de mis malaventurados amores... y él...

Marg. ¿Y él?

Rod. El me ocultó los suyos. Díjome sí que le había traído á la religion el arrepentimiento, el deseo de espiar un delito, cuya causa habia sido el amor. Por varias espresiones que le oí despues llegué á creer que habia seducido...

Marg. ¿A quién?

Rod. A una... (*Dando una mirada al traje de Margarita.*) religiosa.

Marg. (*Aparte.*) Respiremos.

Rod. Mi amigo era de un carácter sombrío, melancólico, taciturno. Conociase que le devoraba la carcoma de las pesadumbres. Ellas sin duda le habian hecho contraer un hábito tan extraño como peligroso. Ocupábamos una misma celda. Levantábase á veces en medio de la noche despavorido, recorria la estancia desalentadamente, hablaba, gemia, oraba... Llegábame á él para consolarle ó distraerle, y le veia con los ojos cerrados, muda la fisonomía... estaba dormido! Asaltada su razon de un delirio espantoso, prorumpia su lengua en mal articuladas frases, que ya escitaban la lástima, ya el horror. Desconfiado de su penitencia, se acusaba de adúltero...

Marg. ¡Adúltero!

Rod. Veia abierto el infierno para tragarle; se esforzaba á disculpar, á nombrar á su cómplice...

Marg. ¿A quién? ¿á quién nombraba?

Rod. A una muger cuyo nombre jamas pudo entenderse.

Marg. ¡Ah!

Rod. Por último... salimos ambos á una comision importante; partidarios del conde don Sancho nos acometieron con ventaja, y el infeliz Roger de Lizana...

Marg. ¡El es!

Rod. Él es el que pereció. Ya lo habréis sabido.

Marg. Sí... ya lo sé. (*Aparte.*) Yo voy á espirar.

Rod. Y no habréis sentido su muerte: fué muy gloriosa.

Marg. Por favor... acabad.

Rod. Al desarmarle para dar sepultura á su cuerpo... hallo sobre su corazón unas cartas...

Marg. ¡Cartas!

Rod. Dudo si las enterraré con el cadáver... y las conservo. Las leo; quiero aniquilarlas... y... las guardo, y hoy os las presento. Vedlas.

(Desarrolla unos pergaminos.)

Marg. ¡Piedad!

Rod. Leed: Margarita dice aquí... Margarita aquí... Margarita en todas.

Marg. Mias son, yo soy la adúltera, yo soy la cómplice. ¡Oh! dádmelas, destruidlas, borradlas.

Rod. Para vos las he conservado. Yo os las entregaré... en el momento que me dé Isabel la mano.

Marg. ¡Me las vendeis á precio de la infelicidad de mi hija!

Rod. Feliz ó infeliz conmigo, vuestra hija, menos hipócrita, será mas honrada que vos; y yo, si vive mi rival, seré mas vigilante que don Pedro. Si Isabel no me ama, yo me pasaré sin su amor, y esta espada me responderá de su conducta. O emplead vuestra autoridad para hacerla mia, ó resignaos á ver estas cartas en manos de vuestro esposo. Meditadlo, y elegid. (*Vase.*)

Marg. ¡Dios de misericordia!

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

MARI-GOMEZ, DESPUES ZULIMA.

Mari-Gomez.

(Asomada á un balcon, habla á una persona que está en la calle.)

Sed bien llegado. ¡Cómo!

¿Si os permito, decís,
Descansar un momento?

Y dos y cuatro y mil.

¡Qué poco sabeis dónde

Hospedage pedis!

Galvan, ten ese estribo.

Vos, bello paladin,

Dad al mozo de caza

Esas armas. Subid.

(Quitase del balcon.)

¡Olalla! El forastero

Es como un querubin.

(Sale una criada.)

Pronto, una magra, vino,

(A la criada, que oida la orden, parte á ejecutarla.)

Fruta, agua, pan. No ví

En mi vida un mancebo

De cara tan gentil.

Por otra menos bella

Del claustro me salí.

(Sale Zulima en traje de caballero aragones, cubierta de polvo, y muy agitada.)

Llegad acá, sentaos.

Estais hecho un carmin

De sofocado. Cierro,

Que es el viento sutil.

(Junta las hojas del balcon: los vanos de los postigos tendrán lienzos en vez de vidrieras.)

Si os dañara, seria

Un dolor para mí.

Zulima.

(*Aparte.*)

He llegado á su casa.

Mari-Gomez.

En ocasion venis

Que estan fuera mis amos.

Zulima.

(*Aparte levantándose.*)

¡Maldicion sobre tí!

Mari-Gomez.

Solo está mi señora

La jóven.

Zulima.

(*Aparte.*)

Soy feliz.

Mari-Gomez.

Mas nosotros tenemos

Orden de recibir

A cuantos se presenten...

(Salen dos criados con varios platos, jarros, vasos de estaño, etc., que ponen en una

mesa inmediata á la silla donde se sentó
Zulima.)

Con que, vaya, admitid

Este pobre agasajo.

Un trozo de pernil

Y un trago.

(Zulima coge con ansia un jarro, y bebe.)

¡Que eso es agua!

No, por San Agustín,

No bebais: aquí hay vino.

¿Qué habeis hecho, infeliz?

¡Agua y sudando! Vais

A mataros así.

Zulima.

La sed me devoraba.

Mari-Gomez.

Aprended á vivir.

Todo un padre vicario

Era á quien yo le oí

Que es un pecado el agua

Al vino preferir.

Comed algo.

Zulima.

No vine

Para comer aquí.

(Paséase con desosiego.)

Mari-Gomez.

Mas descansad siquiera.

¿Qué inquietud! ¡qué tragin!

¿Cuál muestra su viveza

La sangre juvenil!

Zulima.

¿Vuestro jóven señora

Me querrá permitir

Que las gracias le rinda...?

Mari-Gomez.

¿De qué? Nada admitis.

Zulima.

¿Podré verla?

Mari-Gomez.

Mancebo,

Yo os quisiera servir...

Sois cortés, sois gallardo...

Pero eso que exigis...

Mi señora es doncella,

Y sin contravenir

A su decoro...

Zulima.

(Con imperio.)

Esclava,

Id, llamadla. Partid.

Mari-Gomez.

¡Esclava yo! ¿pues tengo

Pinta de marroquí?

¿De argelina? Yo soy

Libre, noble, y en fin,

Cristiana vieja.

Zulima.

¿Cómo

Dudarlo?

Mari-Gomez.

¡Esclava á mí!

Los Gomez cuando vino

Santiago á convertir,

Eran ya tan cristianos

Como fué el rey Dávid.

Zulima.

Pero...

Mari-Gomez.

Y gracias al cielo,

Ni moro ni gentil

Jamas en ellos hubo,

Ni maniqueo, ni

Valdense, ni albigense,

Ni por ningun deslíz

Saco de penitencia

Tuvieron que vestir.

¡Esclava! ¡me ha gustado!

Zulima.

Perdonadme: viví

En tierra donde abunda

La condicion servil...

Mari-Gomez.

¿Venis de Palestina...?

Ya lo iba yo á decir.

Si se os conoce el aire

Que tienen los de allí.

¿Porqué lo habeis callado?

Siempre gusta el oír

Noticias de la guerra

Con esa gente ruin,

Y el rigor del honesto

Recato mugeril

Puede templarse en gracia

De quien pisó el pais

Donde al Señor le plugo

Cuna y tumba elegir.

Llama á Isabel corriendo.

(Vase una criada.)

Veréis un Serafin

De rostro y de virtudes.

Zulima.

(Aparte.)

Mi intento conseguí.

Mari-Gomez.

Bien que, cómo pudiera

Su sangre desmentir?

Buenos padres... y luego

Yo que la dirigí...

Zulima.

De su virtud no dudo...

(Aparte.)

Si te puede sufrir.

(Vase la otra criada.)

ESCENA II.

DICHAS, ISABEL.

Isa. Guárdeos Dios, caballero.

Zul. Y á vos cual yo le pido, señora. (Aparte.) Mi rival es esta.

Mari. Es mi ama.

Zul. Prevencion inútil. (Aparte.) Mi sangre me lo hubiera dicho.

(A Isabel.) La gratitud al cordial obsequio que he hallado en vuestra casa no me permitia dejarla sin agradecérsle. Por esto me atreví...

Isa. La hospitalidad, que es una obligacion para todo aragonés, para mis padres es cumplimiento de un voto. Nada nos debeis.

Zul. (Aparte.) Hermosa habrá sido,

Isa. ¿Pudiera sin imprudencia saberse de dónde venis?

Mari. ¡De la tierra santa!

Isa. ¡De la tierra santa!

Zul. Sí. Hace ya tiempo que llegué á España. (Aparte.) Qué animacion en su rostro!

Isa. Y decidme... ¿habeis conocido allá algun caballero de esta ciudad?

Zul. ¿De Teruel? Sí, conocí á uno.

Isa. ¿Os acordais de su nombre?

Zul. Ramiro Montalvan.

Isa. ¡Montalvan! No hay familia en Teruel de ese apellido.

Zul. ¡Ah! sí, que este nombre era supuesto. No he sabido hasta hace poco el verdadero. Llamábase pues... don Diego...

Isa. ¡Marsilla!

Zul. Ese era su apellido.

Isa. ¡Cielos! Dios os ha traído sin duda á Teruel. Decidme, caballero, decidme: ¿dónde dejais á Marsilla? ¿Cuánto ha que os separásteis de él? ¿Cuál era su situacion entonces? Por Dios que me lo digais.

Zul. Ahora reflexiono que siendo natural de esta ciudad... yo no he preguntado... ¿Estoy en su casa? ¿sois vos su hermana?

Isa. No, no es esta su casa, no soy hermana ni deuda suya; ¡pero... me intereso tanto por él!

Zul. Así me lo parece. Señora, nadie os pudiera dar tan buenas noticias como yo.

Isa. ¡ Buenas! Dios os le premie.

Zul. Marsilla, cargado de honores y riquezas adquiridos en Palestina, se hizo á la vela para España.

Isa. ¿Cómo? ¿viene ya? ¿ya vuelve?

Zul. Ya ha vuelto mucho tiempo hace.

Isa. Ha vuelto, ¿decís? ¿y ha tiempo? ¿Dios mio! ¿Pero cómo no ha llegado ya á Teruel? ¿A qué se ha detenido? ¿No habeis dicho que era ya rico? Creo que habeis dicho eso.

Zul. Un amigo suyo que murió en la Siria le dejó heredero de sus bienes.

Isa. ¡ Ah! Pues él debia haberse restituido inmediatamente á su patria.

Zul. No tuvo él la culpa de que al volver le cautivaran en las costas de Valencia.

Isa. ¡ Desventurado! ¡ Está cautivo!

Zul. Ahora... ya se halla libre.

Isa. Me salvais la vida. Acabad.

Zul. Durante su esclavitud en Valencia, su gallardía y sus amables prendas hallaron gracia en los ojos de la esposa del rey.

Isa. ¡ Qué decís! ¡ Una mora se prendó de él! Una muger casada! ¡ Qué infamia! Gente sin fé ni ley. ¿Y esa muger era hermosa? Dicen que las moras valencianas son muy bellas. Pero él... él no la amaría.

Zul. No, yo os puedo jurar que no la ha amado. Yo me hallaba á la sazón en Valencia. De allí vengo ahora. Sé, á no dudarlo, que desechó, que despreció el amor de la princesa.

Isa. ¡ Ah! no esparaba yo menos de su corazón.

Zul. (Aparte.) ¡ Presuntuosa! ¡ Cómo se envanece!

Isa. Un caballero cristiano rendirse á las seducciones de una enemiga de su Dios! No era creíble.

Zul. Cierto. Mucho mas cuando Marsilla tenia tambien amores en Teruel.

Isa. ¿ Eso sabiais?

Zul. Sí: de él mismo lo supe. Vos conoceréis á su dama. ¿ Es hermosa?

Isa. No, caballero; la hermosura no resiste á la desgracia, y la amante de Marsilla ha sido muy infeliz. Algun dia la envidiaron, la aborrecieron sus mas lindas compañeras; ya todas la aman, todas la compadecen.

Zul. Los pesares de esa dama prueban que era digna del amor de Marsilla. El, anhelando reunirse con la que amaba, espuesto al furor de la sultana ofendida...

Isa. ¡ Qué! ¿ fué capaz de rendirse?...

Zul. (Aparte.) Ella propia me indica... (A Isabel.) ¿ Os parece fácil resistir á una reina hermosa que ruega y amenaza?

Isa. ¡ Pérfido! ¡ Inicua muger! ¡ Desventurada!

Zul. Podeis creer que solo le moveria á esto el ansia de recobrar su libertad: no le quedaba otro medio. Yo me disponia entonces á salir de Valencia. Vuestro paisano hubiera podido acompañarme; pero su destino mudó de aspecto. Solo ha venido conmigo una joya suya.

Isa. ¡ Una joya! (Aparte.) ¡ Si fuera!... Pero despues...

Zul. Despues... descubrió el rey la traicion de su esposa...

Isa. ¡ Cielos!

Zul. Segun las leyes del pais, ambos merecian la muerte.

Isa. ¡ La muerte! ¡ Dios eterno!

Mari. ¿ Son esas las buenas noticias que traéis?

Zul. Quise decir ciertas, seguras. Ademas que para vos (A Isabel.) nunca pueden ser de un interes muy grande. No sois deuda de Marsilla; su dama me habeis dicho que no es bella; vos sois hermosísima; no sois su dama. ¿ Qué os puede importar el que antes de ayer hayan tenido fin sus miserias?

Isa. ¡ Santo Dios! (Desmáyase.)

Mari. (Acudiendo á sostenerla.) ¡ Señora! ¡ señora! (A Zulima.) ¿ Qué es lo que habeis hecho? ¡ Olalla! ¡ Jimena! (Salen las dos criadas.) Un vaso de agua. ¡ Válgame Jesus! Ayudadme.

Zul. (Aparte.) Sabe amar esta cristiana. Yo sé mas, sé vengarme.

Mari. Isabelita. (A una criada.) Dad acá para rociarle el rostro. (A Zulima.) ¿ No pudisteis conocer con quién estabais hablando?

Zul. ¡ Miserable! ¿ Sabes á quién hablas tú?

Mari. Aun no vuelve.

ESCENA III.

DICHAS, MARGARITA.

Marg. ¿ Qué es esto? ¿ qué ha ocurrido? ¡ Mi hija!

Mari. Ese caballero, en mala hora venido...

Zul. Sí: ved el efecto de una imprudencia mia: anuncié á vuestra hija, sin saber quién fuese, la muerte de Diego Marsilla...

Marg. ¡ Marsilla!

Zul. Solo al verla desmayada pude conocer que ella era á quien debia entregar una joya que me dió en Valencia el mismo Marsilla. (Isabel hace un movimiento y su madre acude á ella, olvidando á Zulima.) Ahí queda. (Pone la joya sobre la mesa.) Perdonad que tan aciagamente haya desempeñado mi mensaje. A Dios. (Vase.)

Mari. Id con mil demonios.

ESCENA IV.

MARGARITA, ISABEL, MARI-GOMEZ.

Marg. Isabel, Isabel mia.*Isa.* ¡Madre! ¿Es mi madre?*Marg.* Sí, querida hija, alentad.*Isa.* ¡Madre! ¡Ha muerto! ¡ha muerto!*Marg.* ¡Hija infeliz!*Isa.* Ha muerto... porque me ha vendido. ¡Ingrato!*Marg.* Desahogaos en mi seno. Venid, yo mezclaré mis lágrimas con las vuestras.*Isab.* ¡Ha muerto! ya todo se acabó, ya no hay esperanza, y no tengo porque vivir. Si era preciso. ¿Cómo, al abandonarse á los brazos de una adúltera, no pensó que provocaba el enojo del cielo, del cielo que, aun inocentes, se ha ensañado contra nosotros? ¡Infeliz!*Mari.* (*A Margarita.*) La adúltera es la muger del rey de Valencia.*Marg.* El cielo, que os presenta este cáliz de amargura, os dará tambien fuerzas para beberle. Procurad sosegaros.*Isab.* ¡Sosegar! Amad veinte años, amad toda la vida, vivid solo con la esperanza del logro de un amor legítimo; perded de un golpe todas las ilusiones de la vida y del alma; conceded que habeis amado á un traidor, un aleve, y sosegaos, y tranquilizaos! Decid al mar que se aplaque cuando sopla el viento mas embravecido. ¡Muerto por amores con una infiel! ¿Se ha ausentado ya ese fatal mensajero, sin aguardar á esplicarme...? Yo quiero saber mil cosas, quiero que me satisfaga mil dudas. Llámadle: llámale, María.*Marg.* Sí, yo tambien quiero preguntarle... Idle á buscar.*Mari.* No os desconsoléis, Isabelita. ¿Quién sabe? La edad de ese jóven, un tonillo de ironía, cierta confusion que he creído notar en su semblante... todo me hace sospechar si nos habrá engañado. (*Vase.*)*Isab.* No, nunca las nuevas del mal son falsas. El habló ademas de una joya...*Marg.* Aquí la ha dejado. (*Dásela.*)*Isa.* ¿La veis, querida madre? ¿la conoceis? Esta joya era mia. Yo se la dí la víspera de su partida. El me prometió no separarse de ella. « Si en medio de las lides que voy á buscar, me dijo, hallo la muerte, devuelta te será esta prenda empapada en mi sangre. Amigo ó enemigo, no faltará quien se encargue de ponerla en tus manos. » Ya ha llegado á ellas: aquí está. ¿Y he de dudar de su muerte?*Mari.* Montó á caballo así que salió de aquí. Ya estará fuera de la ciudad.*Marg.* (*Aparte.*) No sé qué pensar de esto. — Retiraos, Mari-Gomez.*Mari.* Repito que ese barbilampiño tenia pinta de embustero y de mal intencionado. Bien decia mi padre vicario: *Meliora sunt ubera tua vino.* Mala hora coja al que no beba vino. (*Vase.*)

ESCENA V.

MARGARITA, ISABEL.

Isabel.

¿Que es don Diego desleal!

No hay fé entonces en la tierra.

¿Madre, lo creéis? Yo no,

No lo creo; ni creyera

A mis ojos si lo viesen.

Si no es posible que sea;

Si á haberme sido traidor,

Mi pecho lo presintiera,

Y jamás ni un solo instante

Sospeché de su fineza.

Misterio hay aquí sin duda.

El me amaba.— ¿Qué aprovecha?

Ya murió.

Margarita.

¡Isabel querida...!

Isabel.

Venga don Rodrigo, venga,

Reclame mi mano; ya

Le aguardo con impaciencia.

Sí, porque para morir

Otra cosa no me resta.

Margarita.

No, la razon...

Isabel.

¡Con qué orgullo

Asirá Azagra mi diestra!

« Ya eres mia, me dirá,

Vana fué tu resistencia,

Vano el desden; tu amor tuvo

Que postrarse ante mi estrella.

Me despreciabas, me odiaste:

Ya á la autoridad sujeta

Estás del que despreciabas. »

Si el llanto mi rostro anega,

Deten, me dirá, ese llanto,

Que es de mi honor en ofensa,

Y tendré que detenerle.

Y cuando suspirar quiera,

Deberé ahogar el suspiro,

Que mirará como muestra

De un afecto criminal...

¡Y lo será! — No. — ¡Firmeza!

Con una palabra evito

Que nadie acusarme pueda.

Margarita.

¿Cómo! Ya conoceréis

Que ninguna excusa os queda...

Isabel.

Yo á don Rodrigo hablaré:

Sí, yo le diré resuelta:

Si hallar la dicha pensais

Con hacerme esposa vuestra,

Sabed que en mi pecho habitan

La amargura y la tristeza.

¿Conoceis en esta cara

Marchita y amarillenta,

En estos ojos que cubre

De dolor oscura niebla,

En este labio en que siempre

Un ay lastimero suena,

En esta efigie animada

Del pesar, veis la belleza

Que llamásteis algun dia

En mil trovas lisonjeras

Perla del Guadalaviar,

De Teruel fúlgida estrella?

Mi sangre está ya viciada,

Corre acibar en mis venas,

Va á contagiarnos mi mano,

Y en union tan mal dispuesta,

En vez de felicidad,

Solo encontraréis vergüenza,

Remordimientos, hastío,

Desesperacion violenta,

Y con mi fin prematuro

Vuestra desgracia perpetua.

Margarita.

¿Y tendrás valor...?